



NACIONAL

REPENSAR LA ACCIÓN EXTERIOR ESPAÑOLA

La crisis del “orden liberal” y sus consecuencias

Florentino Portero

Historiador y analista político

* Este Papel es la edición final del documento elaborado por el autor para el primer seminario del ciclo “Política exterior y de seguridad”, celebrado el 11 de octubre de 2022 en la sede de la Fundación FAES en colaboración con la Universidad Francisco de Vitoria.





Un cambio de época

Se ha convertido en un lugar común referirse a la “crisis del orden liberal” como una característica de las relaciones internacionales de nuestro tiempo, si bien la expresión “orden liberal” apenas si se utilizaba fuera de entornos especializados hasta hace poco tiempo. Su significado se refiere al conjunto de conceptos, normas e instituciones establecidos por las potencias vencedoras en la II Guerra Mundial, básicamente las potencias anglosajonas, con el fin de dar forma a un sistema internacional que garantizara la paz, la libertad de los individuos, el libre comercio y la soberanía de los Estados. El orden liberal fue una aspiración, nunca un logro, que dio sentido a la política exterior de las potencias occidentales durante décadas, conteniendo a la Unión Soviética y favoreciendo el desarrollo social y económico. Sin él no podemos entender el período más prolongado de paz y prosperidad jamás conocido, identificado con la *pax americana*, marco del proceso de integración europeo y del fracaso del comunismo y de la Unión Soviética.

Otro lugar común es la referencia al “cambio de época”. Siguiendo a Heráclito de Éfeso tenemos que reconocer que el caudal de un río nunca es el mismo, pero que en ocasiones su incremento es tal que desborda y modifica su cauce generando un nuevo entorno geográfico. La única constante de nuestra vida es el cambio, pero a veces su intensidad es tal que modifica nuestro entorno social y económico, antesala de inevitables cambios en los sistemas políticos. El “orden liberal” es la expresión de la III Revolución Industrial en el ámbito de las relaciones internacionales. Ese tiempo quedó atrás, considerándose la crisis financiera de 2008 como el momento simbólico –los grandes cambios se cuecen a fuego lento– en el que dejábamos atrás esa época para dar paso a la IV Revolución Industrial, a la que a menudo nos referimos como Revolución Digital.

Una nueva época aporta unas nuevas circunstancias, que abocan a una nueva normalidad. Lo que se consideraba normal, deja de serlo. Ideas, conceptos, normas e instituciones que durante décadas han sido consideradas de referencia pasan al baúl de los chismes anacrónicos. Sin cuestionar su inteligencia, se hace común la idea de que ya no sirven para resolver los nuevos problemas. Con la Revolución Digital llegaba la globalización en su plenitud, un entorno cibernético con inteligencia artificial, el internet de las cosas, las *smart cities*, la 5ª y 6ª generación de las comunicaciones, la informática cuántica... La revolución tiene ya una dimensión antropológica y biológica que replantea la propia condición humana, un sapiens 2.0, mitad hombre y mitad máquina, dotado de capacidades mecánicas y cibernéticas que supuestamente le permitirán prolongar su vida y potenciar su inteligencia. Si bien estamos en sus comienzos, los primeros efectos están ya a la vista provocando cambios sustanciales en los modelos industrial y corporativo, en la estructura social y en los sistemas político e internacional.



- ▶ **El orden liberal fue una aspiración, nunca un logro, que dio sentido a la política exterior de las potencias occidentales durante décadas, conteniendo a la Unión Soviética y favoreciendo el desarrollo social y económico**

La globalización y sus efectos

Si de lo general pasamos a lo particular nos toparemos con uno de los fenómenos más característicos e interesantes de nuestro tiempo, la globalización. Si bien este es un término antiguo con un denso contenido semántico para los historiadores, en nuestros días se utiliza para hacer referencia tanto a las nuevas tecnologías que han logrado la conexión de todos los mercados y culturas del planeta como a los efectos de todo tipo que está provocando. Tras miles de años caracterizados por la paulatina colonización humana del planeta, surgiendo diferentes culturas, lenguajes y normas de convivencia, se ha pasado a una forzada reunión donde ideas, mercancías y personas se relacionan con una facilidad nunca conocida. Los lazos se estrechan, afectando cualquier hecho al conjunto de la sociedad internacional. De un planeta amplio y plural hemos pasado a convivir en un patio de vecindad global donde el roce genera efectos de todo tipo.

En el plano cultural comenzaron a hacerse sentir reacciones de rechazo, por miedo a que una emergente cultura global, básicamente resultado de la postmodernidad occidental, dañara irreparablemente los fundamentos de otras culturas tradicionales. Ahí encontramos uno de los orígenes del islamismo, con su versión yihadista, pero también movimientos en Occidente que, ante el miedo a lo desconocido o incomprendido, reivindicaban la vuelta a una normalidad perdida. El “globalismo” es la etiqueta creada por los variopintos movimientos antiglobalizadores para denunciar una supuesta estrategia dirigida a desarraigar las culturas nacionales en beneficio de una cultura global, con su inevitable dimensión económica y política. El “Brexit” como el auge de partidos políticos de derecha e izquierda que coinciden en este análisis es prueba indiscutible de la fuerza de este movimiento.

Una de las características económicas de la globalización ha sido la deslocalización de los procesos productivos. Para muchas corporaciones resultaba muy rentable instalar sus fábricas en Estados donde las condiciones salariales eran más bajas. Con ello el balance de la empresa mejoraba, al tiempo que se accedía más fácilmente a nuevos mercados y se mejoraba la situación social y económica de Estados en vías de desarrollo. Sin embargo, la contrapartida era el desempleo de trabajadores nacionales, tanto de cuello blanco como de mono azul, que sintieron como la globalización los dejaba de lado. Durante la Administración Clinton se empezaron a sentir las primeras protestas, si bien desde una pers-



pectiva estrictamente izquierdista por miedo a los efectos que podría producir asentar una visión liberal en Estados ajenos a este ideario.

El sistema de partidos no parecía recoger las nuevas demandas ciudadanas. Para muchos ciudadanos las elites políticas se habían fundido con las corporativas en torno a unos beneficios económicos, lo que les condenaba a quedar al margen del futuro de su sociedad. La sensación de que habían sido traicionados fue calando, hasta el punto de emerger una generalizada reacción contra las elites en buena parte de los Estados occidentales. Con ello se abría la oportunidad a personajes singulares o a nuevas formaciones políticas para asumir esas banderas y optar a situaciones de poder. El caso de Donald Trump en los Estados Unidos es muy significativo. No siendo un declarado republicano se presentó a las elecciones primarias de ese partido dirigiéndose a una bolsa de votantes distinta de la habitual, que, con un enfoque trasversal, recogía a todas las víctimas de la globalización con un discurso violentamente antielitista, aun siendo él un prototipo de esa minoría estadounidense. En Europa este discurso, con las lógicas matizaciones, ha encontrado seguidores tanto en la derecha como en la izquierda, mermando la influencia de los partidos tradicionales, atrapados en discursos tan antiguos como poco convincentes para resolver los problemas de hoy. Proteccionismo, nacionalismo, crítica a la inmigración, a las elites, a los organismos internacionales y a los acuerdos de libre comercio... son elementos comunes a todos ellos.

El fin del orden liberal

Un giro tan importante en política nacional debía tener consecuencias relevantes en política exterior. Los compromisos internacionales tenían que subordinarse a las necesidades nacionales. Durante las administraciones del Clinton y Bush, 16 años en total, la globalización fue entendida como la fase final del orden liberal, el tiempo de su culminación. Era el “momento unipolar”, el “fin de la historia”, tras el derribo del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética. Sin embargo, la globalización generó efectos tan indeseados como inesperados. En Estados Unidos se pasó del retraimiento de Obama, con la renuncia a los objetivos originales en Afganistán y el ridículo con la “línea roja” en Siria, a una posición aún más firme con Trump, retirándose de Irak, amenazando con hacer lo mismo de la Alianza Atlántica y abriendo un serio conflicto comercial con China que los aliados

► **El “globalismo” es la etiqueta creada por los variopintos movimientos antiglobalizadores para denunciar una supuesta estrategia dirigida a desarraigar las culturas nacionales en beneficio de una cultura global, con su inevitable dimensión económica y política**



► **Para las elites rusas, Occidente sufre una severa decadencia, enmarcada en la crisis de la Modernidad y sus subsecuentes corrientes relativistas. Los aliados ya no creen en nada y por nada están dispuestos a sacrificarse, incluidos los valores y principios del orden liberal**

y amigos no acabaron de entender. La situación en la Alianza Atlántica era ya grave tras el abandono de la cumbre de Bucarest por parte del presidente Bush. Se hizo entonces patente la ausencia de una visión común, que se sumaba a los problemas clásicos de interoperabilidad y baja inversión en defensa por parte de un número importante de Estados aliados. Si Obama optó por vivir de espaldas a la Organización, Trump planteó abiertamente la retirada de Estados Unidos si los Estados miembros no asumían el compromiso de revertir la situación.

Si, en palabras del primer secretario general de la Organización, el primer objetivo de la Alianza era “*to keep the americans in*”, puesto que todo debía girar sobre su inevitable liderazgo, esa condición comenzaba a cuestionarse ante el fracaso de la acción exterior norteamericana en Afganistán e Irak, así como por la falta de resolución en la crisis siria. ¿Tenía sentido ponerse bajo la protección de Estados Unidos ante esa reiterada demostración de falta de capacidad de gestión? Desde la otra orilla la visión no era mucho más optimista. Si con Bush se abrió la caja de los truenos, en el marco de la crisis de Georgia, la evolución de las relaciones con Rusia en torno a la crisis de Ucrania, la asumida y voluntaria dependencia del gas ruso y las diferencias sobre las relaciones con China, el principal mercado de la Unión Europea, convenció a buena parte de las elites norteamericanas de que el “vínculo atlántico” era un resto arqueológico más que una etapa superada de la historia. Estados Unidos debía reevaluar sus intereses y estrategias centrándose en el teatro principal, el espacio indo-pacífico. Fue el presidente Trump quien, con su “*América first*”, verbalizó esta visión, reconociendo el fin del orden liberal como objetivo de la política exterior norteamericana. La locomotora abandonaba el convoy para concentrarse en resolver sus propios problemas.

La renacida Rusia imperial y su pulso a Occidente

El reconocido fin del orden liberal como objetivo del bloque atlántico tuvo efectos inmediatos tanto entre sus enemigos como entre otros grupos regionales. Rusia había resurgido de la ruina de la Unión Soviética. Tras la fracasada gestión de Yeltsin, un nuevo equipo dirigido por Putin trataba de consolidar el nuevo/viejo Estado adaptándolo a un nuevo entorno internacional. Durante años buscó y pareció hallarse cómodo en la proximidad de la Alianza Atlántica y la Unión Europea. Una



► **Si la aplicación del principio de puertas abiertas no iba acompañada de un convincente ejercicio de disuasión se estaba alimentando el imperialismo ruso. A eso se refirió Bush en la cumbre de Bucarest (2008), punto de partida de la crisis en la Alianza Atlántica**

delegación rusa se incorporó a la sede de la OTAN donde se creó un Consejo OTAN-Rusia para facilitar la comunicación. El experimento fracasó cuando las elites políticas rusas comprendieron que esa proximidad acabaría transformando Rusia en una sociedad liberal. El modelo de desarrollo económico y social liberal, el más eficaz conocido en la historia y cuya competencia había llevado a la Rusia zarista y a la Unión Soviética al fracaso, acabaría cuestionando su estructura de poder. La tensión gravitacional que Occidente ejercía sobre ellos y su entorno resultaba a sus ojos fatal. A partir de ese momento, Putin inició un cambio de dirección en su acción de gobierno. Tras poner la hacienda en orden y consolidar su poder comenzó a desarrollar una nueva política de carácter nacionalista e irredentista. Rusia había sido humillada. La Alianza Atlántica trataba de arrinconarla, reduciendo hasta el límite su área de influencia. Un nuevo argumentario fue introduciéndose en el discurso político, seguido de acciones dirigidas a recuperar prestigio y autoridad en el espacio eslavo: la escisión de la Transnistria moldava, de los territorios de Osetia del Sur y Abjacia georgianos, de la península de Crimea y del Dombás ucraniano. En todos los casos se tanteaba el efecto en la población rusa, en las sociedades eslavas y, muy especialmente, en la Alianza Atlántica y en la Unión Europea. Era evidente que cada uno de estos actos provocaría crisis y sanciones. Lo importante era saber si eran o no asumibles, hasta dónde estaban dispuestos a llegar los aliados occidentales por defender sus principios. Para Moscú este conjunto de experiencias demostró que el coste era asumible.

Para las elites rusas, Occidente sufre una severa decadencia, enmarcada en la crisis de la Modernidad y sus subsecuentes corrientes relativistas. Los aliados ya no creen en nada y por nada están dispuestos a sacrificarse, incluidos los valores y principios sobre los que se construyó el en otra hora exitoso orden liberal. Rusia, de nuevo, asume con Putin la condición de garante de la Cristiandad como hizo en su origen ante la caída de Bizancio y la llegada de los turcos. La “tercera Roma” se presenta ante los eslavos y los occidentales en su conjunto como la última garante de los valores civilizacionales fundacionales tras el suicidio de Occidente.

La invasión rusa de Ucrania solo tiene sentido como un capítulo más, tanto de la recuperación de la política imperialista rusa como de la crisis del orden liberal. Rusia presentó previamente su exigencia de retirada de armas nucleares norteamericanas de Europa y de repliegue de unidades de ese país desde Estados próximos a Rusia hacia posiciones en la retaguardia. Si era un acto retórico o no solo



Putin lo sabe. De lo que no hay duda es de que su Gobierno esperó al momento más propicio, cuando pensaron que las circunstancias internacionales les podían favorecer.

Estados Unidos había salido mal tanto de Irak como de Afganistán. La retirada de este último país había derivado en un ridículo internacional, que dañó mucho su credibilidad. La guerra de Siria continuaba, sin que Washington hiciera valer su influencia. Tras los fracasos diplomáticos y militares los rusos, y no solo ellos, veían una sociedad rota y enfrentada en una guerra civil cultural de incierto resultado, pero que impedía el ejercicio de cualquier política exterior medianamente coherente. La esperpéntica toma del Capitolio por una horda afín al expresidente Trump y la debilidad física y política de Biden auguraban una respuesta débil a sus ambiciones, en línea con sus anteriores aventuras expansionistas.

Europa había demostrado al mundo su carencia de visión estratégica. El mantenimiento del principio de “puertas abiertas” tanto en la Unión Europea como en la OTAN debería haberles llevado a establecer un principio de disuasión frente a la más que previsible reacción rusa. Los Estados que en otro tiempo habían sido de su soberanía o habían estado bajo su esfera de influencia corrían hacia Bruselas en busca de refugio y prosperidad, pero a costa de Rusia. Desde Moscú se percibía como una agresión. No lo era, solo era un ejercicio de ingenuidad e irresponsabilidad. Los dirigentes europeos se comportaban como funcionarios aplicando al pie de la letra un tratado, sin querer ver todas las implicaciones políticas que aquello conllevaba. Años de paz y prosperidad, más la estúpida creencia de que el proceso de integración europeo había superado la guerra hasta el punto de convertir la paz en un derecho, habían transformado la mentalidad política europea hasta convertirla en ciega a las realidades clásicas de la política internacional. Si la aplicación del principio de puertas abiertas no iba acompañada de un convincente ejercicio de disuasión se estaba alimentando el imperialismo ruso. A eso se refirió Bush en la cumbre de Bucarest (2008), punto de partida de una crisis en la Alianza Atlántica que solo aparentemente se ha superado en la reciente cumbre de Madrid. Además de lo dicho, Alemania había avanzado en una política de muy alto riesgo, que sus dirigentes no quisieron ver a pesar de los reiterados avisos de sus aliados. Generar una dependencia crítica del gas ruso no era una vía de consolidación de las relaciones con ese país, sino la generación de una vulnerabilidad crítica. Vulnerabilidad que

► **Las sanciones han venido a agravar problemas que tienen su origen en la crisis provocada por la pandemia: alteración en las cadenas de suministros y alza de los precios. Europa sufrirá directamente sus consecuencias**



Putin y sus aliados políticos valoraron, considerando que sería garantía de una respuesta tibia a sus futuras intervenciones en su histórica área de influencia. Por último, la secuencia de elecciones en Alemania y Francia garantizaba la inexistencia de gobiernos y parlamentos asentados.

Tras la previsible negativa aliada a ceder ante las exigencias rusas se inició el intento de ocupación de Ucrania. No es este el momento de tratar la evolución del campo de batalla militar. Solo de dejar constancia de que los objetivos establecidos por Putin, que en detalle no conocemos, no se alcanzaron. La resistencia ucraniana, con el apoyo de Estados Unidos y algunos otros Estados europeos, puso de manifiesto el penoso estado de las Fuerzas Armadas rusas, tanto en lo relativo a su dirección como a su equipamiento. La corrupción interna parece ser la responsable del mal uso del presupuesto asignado, que llevó a la dirección política a creer que disponían de unas capacidades inexistentes. Putin buscaba forzar un replanteamiento del sistema de seguridad europeo, como había expresado por escrito en los dos documentos antes citados, ocupar parcialmente Ucrania y condenar a la parte restante a una situación de vasallaje, poniendo fin a sus ínfulas occidentalistas. Sería un paso más en la reconstrucción del Imperio ruso y en el derribo, ya iniciado por Donald Trump, del orden liberal.

La percepción de la iniciativa rusa como un órdago al debilitado orden liberal facilitó el que potencias inequívocamente contrarias a la hegemonía occidental ofrecieran a Rusia un relativo pero importante respaldo. El comunicado conjunto sino-ruso de 4 de febrero es posiblemente el documento doctrinal más interesante y relevante de la campaña diplomática dirigida a la definitiva destrucción de dicho orden. Sin embargo, la debacle militar rusa, acompañada de un indisimulable ridículo, ha llevado a un cierto distanciamiento de algunas de estas potencias.

Los casos más significativos –por su indudable importancia– son los de China y la India, los dos Estados más poblados del planeta, que han redescubierto el sacrosanto respeto al principio de soberanía nacional. Tras años de denuncias al imperialismo occidental por entrometerse, diplomática o militarmente, en los asuntos internos de Estados soberanos, los denunciadores daban cobertura a una acción tan brutal como inexcusable, ejemplo de imperialismo secular.

Tras la invasión rusa, la Alianza respondió abriendo un segundo frente: el económico. Duras sanciones a Rusia acompañadas de una renuncia, paulatina y par-

► **La renacida Rusia va camino de tener que aceptar para sobrevivir un indisimulado vasallaje respecto de China, la potencia dispuesta a adquirir sus productos al precio que considere pertinente**



► **El que la Unión Europea haya logrado una política monetaria y económica no lleva inexorablemente a disponer de una política exterior, de seguridad y defensa común. No deberíamos confundir lo necesario con lo posible**

cial, a la compra de sus hidrocarburos. Aunque Rusia se había preparado para estas sanciones, la congelación de sus reservas en dólares y la prohibición del uso de la plataforma de pagos SWIFT en la mayor parte de los casos ha hecho un considerable daño a la economía rusa, si bien no el suficiente para forzar un cambio en la voluntad rusa de conquistar Ucrania. Estas sanciones han generado una serie de efectos interesantes, aunque solo el paso del tiempo nos permitirá realizar una valoración precisa. Las sanciones han estado animadas por Estados Unidos, desde el convencimiento de que la ausencia de una respuesta contundente convencería a los dirigentes rusos de que podían continuar con su objetivo de restablecer el espacio de influencia histórico.

Europa asumió su fracaso, por no haber establecido un principio de disuasión y por la irresponsable dependencia del gas ruso. Ante ello, no cabía más opción que mantenerse unidos tanto en el apoyo a Ucrania como en la aplicación de sanciones a Rusia. Sin embargo, fuera del bloque aliado Estados Unidos ha podido constatar la soledad en que su diplomacia se encuentra tras haber enterrado el orden liberal. América Latina, el mundo árabe, el espacio indo-pacífico, la India... han marcado distancias. El dinero ruso ha huido hacia el Golfo, los saudíes se han negado a aumentar la producción de petróleo, pero sí manifiestan su disposición a mercar con otras divisas. El caso de la India, el socio más importante en la contención de China, es quizás el más significativo de la debilidad de la influencia occidental.

Las sanciones han venido a agravar problemas que tienen su origen en la crisis provocada por la pandemia: alteración en las cadenas de suministros y alza de los precios. Europa sufrirá directamente sus consecuencias, que ya estamos constatando y que tienen y tendrán un efecto importante en la vida política. Los Gobiernos caen desgastados por la sucesión de crisis al tiempo que surgen nuevos partidos que cuestionan, en mayor o menos medida, tanto los sistemas políticos como el proceso de integración europeo. Para Rusia este es el campo de batalla principal. Tras la aprobación del envío de 300 000 reservistas a Ucrania, Putin confía en estabilizar el frente y comenzar paulatinamente a recuperar terreno. Será una guerra de desgaste para las tropas, pero también para los ciudadanos europeos. En la visión rusa de un Occidente decadente cabe esperar que la sociedad se vuelva contra sus elites por no satisfacer sus demandas, dando así paso a nuevas fuerzas políticas más sensibles a la visión autoritaria y nacionalista de Moscú. Mientras tanto, los sueños imperiales de Putin se desvanecen ante el ri-



dículo de sus fuerzas armadas, el descrédito internacional, el alejamiento de los Estados eslavos, el reforzamiento y revitalización de la OTAN y, sobre todo, su creciente dependencia de China. Si el principado de Moscovia surgió como actor político tras superar el vasallaje al que las hordas tártaras le habían sometido durante siglos, la renacida Rusia va camino de tener que aceptar para sobrevivir un indisimulado vasallaje respecto de China, la potencia dispuesta a adquirir sus productos al precio que considere pertinente.

Una sociedad internacional fragmentada

La agresión rusa a Ucrania ha despertado a Europa de su letargo postmoderno, lo que no significa que sea capaz de dotarse de una política acorde a las nuevas circunstancias internacionales. El actor continúa siendo el Estado, aunque los propios Estados han venido reconociendo su incapacidad para hacer frente a los distintos retos de nuestros días. La Unión Europea reivindica su condición de “actor estratégico”, pero ni hay cohesión política ni liderazgo posible. El que la Unión Europea haya logrado una política monetaria y económica no lleva inexorablemente a disponer de una política exterior, de seguridad y defensa común. No deberíamos confundir lo necesario con lo posible.

La Alianza Atlántica ha logrado en un tiempo extraordinariamente breve dos logros que parecían imposibles: la solicitud de adhesión de Suecia y Finlandia y la aprobación de un Concepto Estratégico que, si bien no contiene propiamente una estrategia, pone en orden sus objetivos y permite a la Organización disponer de una guía para afrontar la defensa colectiva. Aun así, no conviene confundir la firma con la asunción de todo lo que implica el nuevo Concepto. Es evidente que los aliados entendieron que no era posible cuestionar la unidad en esas circunstancias y que los Estados Unidos no aceptarían menos de lo finalmente aprobado. Estaba en cuestión la propia existencia de la Alianza cuando Europa había demostrado una manifiesta ausencia de visión estratégica. Por mucho que la Unión demandara su condición de actor estratégico, los hechos ponían de manifiesto sus muchas carencias. El tiempo nos mostrará hasta qué punto la cumbre de Madrid ha supuesto un paso adelante en la adaptación de la Alianza a un nuevo entorno estratégico o si, por el contrario, fue otro intento fallido de mantener en pie una entidad anacrónica. Por otro lado, las dudas sobre la posición de Estados Unidos continúan. Recientemente, el canciller Scholz vino a reconocerlas en su ambicioso discurso leído en la Universidad de Praga. Biden es un clásico atlantista, pero su

► **La Alianza Atlántica ha logrado en un tiempo extraordinariamente breve dos logros que parecían imposibles: la solicitud de adhesión de Suecia y Finlandia y la aprobación de un Concepto Estratégico**



► **China es la gran protagonista de la escena internacional. Es la potencia emergente y la única que tiene una auténtica estrategia, respaldada por una gestión competente, con una economía muy dinámica y una decidida apuesta por ganar la Revolución Digital**

partido puede perder las elecciones del próximo noviembre y en dos años puede haber sido sustituido por otro dirigente, republicano o demócrata, con una visión diferente sobre las relaciones con Europa.

China es la gran protagonista de la escena internacional. Es la potencia emergente y la única que tiene una auténtica estrategia, respaldada por una gestión competente, con una economía muy dinámica y una decidida apuesta por ganar la Revolución Digital. Su nueva Ruta de la Seda está cambiando el panorama internacional, mientras que los intentos por contenerla por parte de Estados Unidos no están logrando los objetivos previstos. Washington no dispone ni de la credibilidad ni de los recursos económicos para atraerse a los Estados en disputa. Nadie confía en China, pero muchos necesitan sus recursos. Ni están en condiciones ni ven razón para no estrechar relaciones con el gigante asiático. Las maniobras norteamericanas, a menudo disparatadas –como la protagonizada por la *speaker* Pelosi–, generan desconfianza. China lidera la ofensiva antiliberal, razón por la cual cuenta ya de entrada con la simpatía de todas las dictaduras del planeta. Su capacidad económica le abre muchas puertas, pero su nueva política exterior, nacionalista y agresiva, les cierra otras. Sus problemas internos, derivados de un rápido crecimiento, de la migración del campo a la ciudad y del envejecimiento de la población, aseguran graves tensiones, que se suman a los errores cometidos en la gestión de la pandemia y a la alteración de las cadenas de suministro. La desconfianza por su nulo respeto a las patentes y la ausencia de seguridad jurídica juegan en su contra.

Son tantas las variables en juego que no resulta fácil prever la evolución de los acontecimientos. Lo único seguro es que el orden liberal quedó atrás, que hemos entrado en un tiempo nuevo que carece de reglas del juego reconocidas, pero donde la desconfianza entre las partes crece día a día. Desconocemos si el Partido Comunista chino revalidará o no la política seguida por Xi Jinping, a pesar de los graves errores cometidos y de la concentración de poder, si la Alianza Atlántica se mantendrá cohesionada o si Estados Unidos rectificará las posiciones establecidas por Biden. Es seguro que el modelo de globalización que hemos conocido deberá pasar por el filtro de la seguridad, que en los próximos años padeceremos una grave crisis económica y que los sistemas políticos occidentales serán puestos a prueba ante la desconfianza de la ciudadanía.



► **Son tantas las variables en juego que no resulta fácil prever la evolución de los acontecimientos. Lo único seguro es que el orden liberal quedó atrás, que hemos entrado en un tiempo nuevo que carece de reglas del juego reconocidas, pero donde la desconfianza entre las partes crece día a día**

Si algo caracteriza un cambio de época es el establecimiento de una nueva normalidad. Un proceso inevitablemente tenso y complejo, que forzará muchas adaptaciones, que se llevará por delante ideas e instituciones y que pondrá a prueba nuestra inteligencia, responsabilidad y sensatez. Los riesgos van a crecer. Como recordaba recientemente el presidente Aznar, “la política ha vuelto”. El tiempo de los dirigentes burócratas ha quedado atrás.

faes
FUNDACIÓN

Suscripción a *Cuadernos de Pensamiento Político*:
<https://fundacionfaes.org/cuadernos-faes-de-pensamiento-politico-73/>
www.fundacionfaes.org

C/ Ruiz de Alarcón, 13. 2ª planta
28014 Madrid
Tlf 915 766 857
info@fundacionfaes.org
fundacionfaes@fundacionfaes.org

DONACIONES

REDES SOCIALES

